

RENACIMIENTO DEL ESTOICISMO

POR

GUSTAVE THIBON

«El estoicismo permite al hombre persistir en un medio que tiende a disolverlo, del mismo modo que cada uno podría permanecer en un medio que le mantuviera» (1).

La retrovisión está a la moda. Bajo pretexto del arraigo, noción noble en la que creemos, la «Nueva Derecha» evacúa veinte siglos de historia de Occidente cristiano para ligarnos a los mitos europeos.

Jean Mabir, miembro del G.R.E.C.E. (2), acaba de lanzar un nuevo interés en favor del estoicismo. Por su parte, Alain de Benoist desarrolla, en su capítulo «VEINTICINCO PRINCIPIOS DE MORAL», varias consideraciones que aproximan esta moral a ciertos aspectos de la moral estoica.

¿Cuál era la reacción estoica, cuál era esta doctrina? ¿Presentaba una moral, un arte de vivir? ¿Era y puede ser, hoy, un escudo contra el cesarismo y el totalitarismo? Esto es lo que *Permanences* —de cuyo número 166 traducimos este artículo— ha preguntado a Gustave Thibon, uno de los oradores del Congreso de París. Y he ahí su respuesta.

Los nuevos filósofos, los nuevos economistas, la nueva derecha, la nueva cocina, etc. Nuestra época vive, decididamente, bajo el signo de la novedad. O de la renovación, ya que muchos de nuestros crea-

(1) Jean Prevost, citado por Jean Mabire en el *Figaro Magazine* del 30 de marzo de 1979.

(2) Antiguo redactor jefe de *Europe Action*, miembro del comité del patronato de *Nouvelle Ecole*, miembro del comité de redacción de *Eléments* del «Conseil fédérale» y de la «Comision des traditions» del G.R.E.C.E., asociado de la S.A.R.L. de las «Editions Copernic», desde el 4 de diciembre de 1977.

dores no hacen otra cosa que reproducir, rebosantes de colores frescos, unas opciones y doctrinas tan viejas como el mundo.

Esta fermentación de los espíritus, ¿es un signo de vitalidad o un signo de descomposición? En el lenguaje médico, la palabra NEO (abreviación de la de NEOPLASMA) nada bueno significa. Y Bernanos reargüía a los apóstoles del cambio a toda costa, que un cadáver reciente es una sede de transformaciones cuya rapidez puede avergonzar a la estabilidad de un cuerpo vivo. Sin llegar tan lejos, es cierto que el desplome de nuestra civilización llamada occidental, síntesis admirable y frágil de la sabiduría greco-latina, favorece la proliferación anárquica de tantos nacimientos y renacimientos, sin hablar de los abortos y preñeces nerviosas...

El resurgir del estoicismo forma parte de una remoción ideológica, en la misma medida que el neopaganismo de Alain de Benoist y de Louis Pauwels, el naturalismo de los fanáticos de la ecología o del deslizamiento de la fe hacia la gnosis y el esoterismo, tal como se observa en el pulular actual de sectas. Con una punta, velada o manifiesta, contra la espiritualidad cristiana.

Ilustres filósofos, como Sartre o Cioran, no ocultan su simpatía por el ideal del Pórtico y, muy recientemente, una obra sobre Jean Prevost, estoico declarado, acaba de lanzar de nuevo el interés en favor de esta doctrina en la que se bañó el declinar del mundo antiguo.

¿Qué es el estoicismo?

Es imposible cernir, en algunas páginas, todos los elementos de una visión del mundo y del hombre que se escalona desde el siglo tercero antes de nuestra Era hasta fines del Imperio Romano. Y tanto más cuando el contenido especulativo del estoicismo carece extrañamente de coherencia interna y jamás ha cesado de variar, según las épocas y bajo la influencia de los filósofos y las religiones ambientes.

Digamos que el estoicismo (sobre todo en el período imperial y en el espíritu de sus tres más ilustres representantes, Séneca, Epicuro y Marco Aurelio) es un arte de vivir, mucho más que una construcción metafísica. Esto es lo que atestigua el lenguaje corriente por el empleo familiar de la palabra estoico para designar una cierta actitud moral ante el sufrimiento y la desgracia. Se comporta estoicamente, decimos de un hombre, cuando le deja impassible una gran

prueba. Los otros filósofos tienen también su moral, pero ¿quién podría decir de cualquiera, y en cualquier circunstancia, si ha reaccionado platónica o kantianamente?

Examinemos sucesivamente el estoicismo como concepción del universo y como principio de la conducta humana.

La Metafísica estoica

Se reduce a la física, en un sentido muy amplio (ciencia de la naturaleza) que los antiguos daban a esta palabra. Zenón de Citium (332-326 antes de Cristo), fundador del estoicismo, enseñaba una especie de panteísmo materialista: Todo lo que existe es corporal, y el universo está constituido por un conjunto de cuerpos, movido y ordenado por un principio divino, el «fuego artista», que asegura la cohesión y provoca sus cambios y se identifica al Logos Universal (Dios, alma del Mundo), del que la razón humana es el mejor reflejo.

Esta visión del mundo excluye radicalmente la existencia de un principio trascendente al universo y creador de él. La noción de Providencia se reduce a la de un encadenamiento necesario entre las causas y los efectos. Y en cuanto a la relación del alma con el cuerpo, queda reducida a la afirmación del binomio indisoluble que forman la energía y la materia. Enemigos declarados del dualismo platónico, los primeros estoicos no parecen preocuparse por la hipótesis de un alma inmortal superviviente del naufragio de la carne. La noción de misterio les era también extraña, concibiendo las grandes leyes que rigen el universo como transparentes para el conocimiento humano, emanación directa del *Logos* divino.

Este racionalismo absoluto se fue templando, sin embargo, en el curso del tiempo. En el estoicismo imperial, en particular en Séneca y Marco-Aurelio, se encuentran acentos que recuerdan la teología negativa del cristianismo y el presentimiento de un misterio que escapa a todas las captaciones del entendimiento.

La moral estoica

Esta moral se deduce de la física. La razón humana, al ser el espejo del principio que gobierna el universo, y siendo solidarios todos unos de otros los elementos de este universo, nos muestra que la conducta es vivir conforme a la razón, es decir, de acuerdo con nuestra naturaleza profunda, que nos ordena que nada perturbe, bajo la influencia de nuestras pasiones y por una falsa concepción de la felicidad personal, en esta armonía universal de la que formamos parte como la cuerda en una lira o la célula en un cuerpo.

Si me rebelo contra esta ley, estoy en desacuerdo conmigo mismo y soy hostil a mi verdadera felicidad, porque *«las almas desgarradas son desgraciadas»* (Strobee), yo no sería un órgano, sino un *«absceso del universo»* (Marco-Aurelio). Y, de todas formas, ya consienta o rehúse, la ley del destino se cumplirá: *«conduce a aquel que acepta y arrastra a la fuerza a aquel que resiste»* (Séneca).

Esto es lo que resume admirablemente la oración de Marco Aurelio: *«¡Oh mundo, todo lo que te conviene me conviene! Nada es para mí demasiado precoz o demasiado tardío de lo que está a punto para tí. Tú eres fruto para mí de lo que aportan tus estaciones, ¡oh Naturaleza! Tú vienes de tí, tú estás en tí, todo vuelve a tí»*.

¿Quiere esto decir que el sabio debe renunciar a la acción? No, debe obrar según la razón y en función de los deberes que le asigna su papel en la ciudad, abandonando el resto a la voluntad de los dioses. Aquí es donde interviene la famosa distinción estoica entre las cosas que dependen absolutamente de nosotros y las que sólo dependen relativamente o no dependen en absoluto. Lo que depende absolutamente de nosotros es salvar la integridad de nuestra alma perseverando en el bien y evitando el mal. Las otras cosas (en particular los acontecimientos exteriores que jalonan nuestro destino: salud, enfermedad, riqueza o pobreza, vida o muerte, etc.) no son ni un bien ni un mal y dependen de la forma en que los acogemos en nuestro interior.

De ahí la importancia, en el estoicismo, de la noción de «guía interior». *«Los acontecimientos quedan de puertas afuera —decía*

Marco Aurelio— *y no implican juicio sobre los mismos*». Los hechos son lo que son: su interpretación varía en función de la pureza o de la impureza de nuestra mirada. El sabio no ve un mal en los accidentes de la fortuna que, por hirientes que sean para la parte inferior de su ser, dan la ocasión de venerar el orden del mundo y obedecer a la ley divina. Así, por excelencia, ocurre con la muerte, fenómeno tan natural como el nacimiento, y a la que sólo temen los insensatos. *«Para la piedra lanzada al aire, no es un mal la caída, como no es un bien la subida»* (Marco Aurelio). O, en Epicteto, este diálogo entre el tirano y el sabio: *«Te haré cortar el cuello. —¿Cuándo he dicho que creyera ser el único que tiene un cuello que no pueda ser cortado?»*

Fuerza y debilidad del Estoicismo

La Metafísica estoica padece las lagunas inherentes a todos los panteismos y, por lo tanto, concuerda bastante mal con la moral de la Escuela.

¿Cómo conciliar, en efecto, la afirmación de un encadenamiento necesario entre todas las partes del universo y todos los acontecimientos que en él se producen y la de la libertad absoluta del sabio, aislado y soberano en la ciudadela inaprehensible de su conciencia?

Lo mismo sucede con el problema del mal. Por una parte, los estoicos proscriben el vicio como un atentado a la armonía universal y prescriben la virtud como lo único conforme con esta armonía. Por otra parte, admiten, en pleno acuerdo con su naturalismo monista, la necesidad del mal moral. Esto sucede en Chrysipo: *«El vicio es conforme a la razón de la naturaleza, sin él no habría el bien»*. Y Marco Aurelio: *«Cuando tropiezas con la imprudencia de un hombre, pregúntate de inmediato: ¿puede haber un mundo sin seres imprudentes? No puede haberlo. No busques, pues, lo imposible, porque ese hombre es precisamente uno de esos imprudentes en el mundo. Lo mismo sucede con un hombre astuto, pérfido, etc.»*. Hay, por lo tanto, contradicción en la actitud del sabio, entre la visión adoradora de un mundo en el que fácilmente se alían el bien y el

mal y la persecución de un bien sin mezcla que sólo puede existir en un principio que trasciende al mundo.

Pero dejemos aquí estas incoherencias doctrinales, ya que, como hemos subrayado, el estoicismo se reduce, esencialmente, a un conjunto de directrices prácticas tendentes a asegurar la unidad y la libertad del alma.

¿Qué debemos estimar valioso de este arte de vivir?

En primer lugar (y es la eterna grandeza del estoicismo), la afirmación de la autonomía de la consciencia moral que nos muestra el soberano bien en una luz inalterable que domina los flujos y reflujos de las pasiones, de las opiniones y de las condiciones sociales. Marco Aurelio compara el alma del sabio a un promontorio inmóvil sobre el cual vienen a romperse los furiosos de las olas.

Después, ese lugar común del estoicismo de que toda especulación filosófica que no conduce a una transformación positiva del hombre interior y a una conducta correspondiente no es otra cosa que un juego vano de ideas y de palabras. Lo que ganarían meditando la mayoría de nuestros especialistas patentados, a los que nada distingue, en su comportamiento habitual, del común de los hombres.

En cuanto al balance negativo, se reprocha, con razón, a los estoicos:

— Poner la ÚNICA fuente de la felicidad en el ejercicio correcto de la inteligencia y la voluntad y, por ello, desconocer la parte sensible y afectiva del hombre. Es por lo menos exagerado afirmar, con Epicteto, que aun encadenado al toro de hierro de Phalaris, el hombre sabio permanece perfectamente feliz.

— En el mismo sentido, el repudiar, bajo pretexto de encontrar de nuevo la unidad, la aportación inmensa de las emociones y de las pasiones en la expansión del ser. Lo que conduce a una desvinculación muy vecina de la insensibilidad, en la que la libertad del espíritu se obtiene al precio de un endurecimiento del corazón. Tal es el caso del estoico al que se ha anunciado la muerte de su hijo y que responde, con una calma perfecta: «Ya sabía que había engendrado un ser mortal». ¿Qué significa este amor universal que reposa sobre la indiferencia respecto de los seres y de las cosas que nos son más próximas?

— Reducir el mal a una falsa opinión y hacer de la salvación una única cuestión de voluntad, lo cual implica, según Pascal, un olvido de la miseria humana, lo que es un signo de un orgullo diabólico. Se podría replicar aquí que los estoicos no tenían noción alguna del pecado original y de la gracia divina y que su voluntarismo se atempera a veces con acentos desgarrados que confinan con la oración.

Y, después, ¿cómo no sentirse emocionado hasta las fibras más secretas del corazón, al releer los cuadernos de Marco Aurelio, alma grande en la que el expirante estoicismo concentra sus últimos ardores? El emperador, en el umbral de la muerte, lanza una ojeada desengañada sobre la aventura humana y el destino: *«Hete aquí, muy pronto, cenizas o esqueleto, un simple nombre o acaso ni un nombre. Lo que han sido cosas de alta consideración en la vida son cosas vacías, podridas, mezquinas, perros pequeños que luchan entre sí, niños que disputan, que de vez en cuando lloran... Todo es banal y efímero»*. Deriva, incluso, hacia el escepticismo y duda de la metafísica estoica. Pero ese espíritu, que permanece inquebrantable en su vinculación a la virtud y le da el supremo testimonio de que la obediencia confiada en las leyes divinas que rigen el mundo ordenado, se cambia en un desafío del sabio a un mundo absurdo: *«Si Dios existe, todo está bien, si las cosas van al azar, no vayas tú mismo al azar»*.

Estoicismo y Cristianismo

El cristianismo, al nacer se ha bañado en el clima estoico y ha integrado, no sin serias objeciones, un gran número de elementos, sobre todo por lo que se refiere a la práctica de las virtudes morales y el desligamiento de las cosas del mundo. ¿«Qué podemos añadir a lo que ha dicho este pagano»? exclamaba San Agustín a propósito de Séneca. Esta impregnación continuó a todo lo largo de la Edad Media y hasta los tiempos modernos. Santa Teresa, por ejemplo, llamaba a San Juan de la Cruz «mi senequito» (mi pequeño Séneca). Por lo demás, el platonismo, con San Agustín y Aristóteles, con

Santo Tomás, dieron lugar a la misma asimilación, ninguna verdad accesible a la inteligencia humana resultaba extraña a la verdad absoluta de la Revelación divina.

Lo esencial de la ascesis estoica —primado de la vida interior sobre la acción, de la voluntad sobre las pasiones, del bien común sobre el bien particular, obediencia a la voluntad divina («*bágase tu voluntad*»), consentimiento en el sufrimiento y la muerte, fraternidad humana más allá de razas y naciones, etc.— se encuentra, de nuevo, en la espiritualidad cristiana, pero todo ello es coronado y transfigurado por la entrada en un mundo superior, ignorado o apenas entrevisto por los estoicos. El universo, indudablemente divinizado por estos últimos, es imperfecto y contingente. Solamente en Dios reside la plenitud del ser, y este Dios es amor que ha descendido a su criatura para elevarla hasta Él. No hay medida común entre la finitud y el infinito: la razón y la voluntad no bastan para la unión: es necesaria la oración y el don, siempre inmerecido, de la gracia que le responde.

Queda por decir que desde el Renacimiento, y especialmente en el curso de los siglos XVIII y XIX, numerosos pensadores han proclamado la incompatibilidad fundamental entre el estoicismo y el cristianismo y la base espiritual de éste respecto de aquél. Su argumentación se resume así: los estoicos, practicando la virtud por sí misma, no tenían necesidad de una mitología de ultratumba con sus recompensas y sus castigos para dominar sus pasiones, despreciar los accidentes de la fortuna y no temer a la muerte sin la seguridad de la inmortalidad.

Tema tomado en nuestros días de nuevo por Marcel Cioran que, comentando el pesimismo viril de Marco-Aurelio, declara que, por el estoicismo, el hombre antiguo ha estado a punto de alzarse hasta el desconsuelo final y que la victoria del cristianismo, religión de la plebe, sobre el estoicismo, sabiduría de la élite, basta para hacernos desesperar para siempre de un progreso posible para la Humanidad.

¿Qué debemos pensar de estas exageraciones?

Estas no inciden en el cristianismo en su esencia divina, pero tienen cierto sentido por lo que se refiere a sus rebabas, sus escorias

en el alma impura y limitada de los hombres, así como en ciertos aspectos históricos de la religión cristiana.

En eso, la meditación del ideal estoico nos aporta una doble lección:

Ante todo, que la posesión (siempre incierta y no verificable) de las virtudes sobrenaturales no dispensa en grado alguno del ejercicio permanente y riguroso de las virtudes naturales: dominio de uno mismo, templanza, fidelidad al deber de estado, benevolencia desinteresada frente al prójimo, etc. Demasiados cristianos encuentran en la fe y la esperanza divinas no sé qué excusa para los humildes deberes de terrenales. ¿Qué más saludable que meditar acerca de la actitud interior de un Marco Aurelio, a quien la inminencia de una muerte sin más allá y la conciencia de la vanidad de todas las cosas le hacía todavía más atento en el cumplimiento de su tarea temporal?

En segundo lugar, la sequedad y la dureza tan reprochadas a los estoicos pueden servirnos de antídoto contra una sentimentalidad, incluso una sensiblería religiosas, desechos demasiado humanos de la religión, de la encarnación y del amor. Contra una piedad invertibrada, cuya imaginería «san-sulpician» reflejaba bien el infantilismo, y que se manifiesta hoy por el olvido de la transcendencia, del misterio y de lo sagrado, por una camaradería vulgar con Dios y por un vago humanitarismo en que la emoción y la imaginación participan más que la caridad. Pero si la imagen estoica del promontorio nos repele por su dureza, la de los restos que flotan a merced de los humores del individuo o de los caprichos de la masa, se desvía todavía más de la moral cristiana.

«Ensayad todo y conservad lo que es bueno», decía el apóstol, consejo que se aplica por excelencia al estoicismo. «El reino de los Cielos está dentro de nosotros», afirma el Evangelio. Muy de este lado de la revelación cristiana, la enseñanza del Pórtico resuena todavía (y merece ser escuchada más que nunca en un mundo en el que todo concurre al desmigajamiento de las almas) como una llamada al retorno hacia esa soledad interior, ese centro inviolado del

ser en el que Dios nos espera. «Entra en tí mismo —dice el imperial discípulo del esclavo Epicteto—, la fuente está en tí y manará si profundizas siempre».

Incapacidad política del estoicismo

Después de este sumario balance de las grandezas y las insuficiencias del estoicismo al nivel de la moral y de la espiritualidad personales, una última cuestión se plantea: ¿Cuál ha sido, en la antigüedad, y cuál puede ser hoy todavía el impacto del estoicismo en el ámbito político y social?

En el pasado, la comprobación del fracaso es casi absoluta. Ciertamente, los «emperadores filósofos», de Nerva a Marco-Aurelio, reaccionan contra los factores de decadencia que minaban el mundo romano y aportaron algunas reformas humanitarias, concernientes, sobre todo, al derecho de gentes y a la suerte de los esclavos, pero, en el conjunto, nada cambiaron de la dureza y la corrupción de las costumbres, la pesadez paralizante de la mecánica administrativa y la retirada en todos los frentes de una civilización vaciada de su alma. Todo lo más, frenaron, sin detenerla, la marcha hacia el abismo.

El cesarismo, con todas sus consecuencias —ruina y dimisión de las élites, opresión patente y anarquía latente, menor resistencia ante la presión de los bárbaros, etc.—, no relajaba apenas su empresa, aun cuando los césares del siglo de oro se abriesen más o menos a los principios del estoicismo.

El desencantamiento político de Marco-Aurelio es ilustrativo al respecto: «*Ve a qué costumbres no te hallarás mezclado*», suspiraba para confortarse a morir. Y esta opinión exagerada de un filósofo maestro del mundo e impotente para reformar la sociedad: «*¡Qué vulgares son los pequeños hombres políticos que se creen filósofos! ¡Los morbosos! ¡Oh hombre!, ¿qué puedes hacer tú? No te apegues a la República de Platón: Conténtate con pequeños progresos... ¿quién puede, en efecto, cambiar a los hombres?».*

¿Por qué este fracaso? A causa de que el estoicismo traduce, en

el fondo, un reflejo de huida y aislamiento. Y de desesperanza política. El promontorio (imagen tan cara a los estoicos) resiste el furor de las olas, pero no se mezcla a la ola para templar la violencia. Nada alcanza al sabio, pero el sabio, impermeabilizado contra el mundo, no influye en el mundo. Bajo su máscara de universalidad —*el hombre, ciudadano del cosmos*— el estoicismo disimula su elitismo cerrado y estéril. Construye una ciudadela, refugio intomable para el individuo, mientras abandona a él la ciudad.

Para arrancar la sociedad al cesarismo, la sabiduría terrestre no basta. Ha sido necesaria la revelación divina, esa levadura de amor y de luz aportada por la encarnación y que se insinúa hasta en los últimos repliegues de la materia humana. Pero el estoicismo es una sabiduría desencarnada: de ahí su débil contagio en la ciudad y las costumbres.

Único recurso contra el totalitarismo: el cristianismo

Un sólo ejemplo: los atroces juegos del circo, esos subproductos del cesarismo, jamás pudieron ser expurgados de su lado sangriento por la intervención de los «buenos emperadores», que trataron de sustituirlos por espectáculos inocentes —pruebas atléticas, competiciones deportivas—, heredados de los griegos. La masa romana tenía demasiada sed de sangre y de horror. Dos siglos más tarde, Constantino el Grande —moralmente tan inferior a Marco Aurelio— pudo prohibirlos bajo la presión de la conciencia cristiana. Y lo mismo sucedió con la abolición gradual de la esclavitud.

Es vano soñar que el estoicismo, remedio ilusorio contra el hundimiento en el cesarismo, pueda ser un recurso eficaz contra los totalitarismos modernos. Puede permitir a algunos individuos aislados emerger de la multitud, pero no logrará transformar la sociedad. Del cristianismo ha salido la cristiandad, con todo lo que esta palabra significa de impregnación de las costumbres y de las estructuras por la religión de la encarnación. ¿Quién, sin embargo, osaría hablar de una «estoicidad» al nivel de las colectividades humanas?

Marco-Aurelio, por su ascesis personal, había logrado matar en él al César. Pero nada pudo contra el cesarismo ambiental. Sus imitadores contemporáneos no lograrían más. Unicamente Dios, fuente y garantía de la libertad humana, puede arrancar a la sociedad de la presión totalitaria del César...